

laicado, es importante reflexionar sobre la vocación laical. El lema «Laicos por vocación, llamados a la misión» pretende ser una respuesta consecuente con la propuesta que el Padre nos hace en Pentecostés. Sabernos insuflados por el Espíritu Santo nos da el aliento: ser laicos y ser agentes de evangelización.

Es importante recordar que «la vocación laical exige estar en el mundo siendo sal y luz», tal y como se habló en el último Congreso de Laicos. Múltiples vocaciones específicas: la profesión, la familia, el barrio, el mundo rural..., todas ellas plenas, en las que las personas laicas extienden su estilo de vida, y acercan a Jesús de forma sencilla, pero directa. «Los variados carismas de los laicos son dones del Espíritu Santo a la Iglesia que deben promoverse, reconocerse y valorarse totalmente [...]; está también el peligro de clericalizar a los laicos» (IS 8F; *Una Iglesia sinodal en misión*. Informe de síntesis).

Por todo esto, debemos reafirmar el valor de la vocación laical y reivindicar que esta fuerza no se minimice, sino que se potencie, y se exploren las posibilidades de trabajo en común. Los laicos también estamos invitados a entender esta llamada, y hacerla acción más allá de las inercias y de aquello que «venimos haciendo toda la vida». ¿Acaso los laicos son conscientes de las hondas raíces de su vocación bautismal? Por el bautismo, los laicos son miembros de pleno derecho en la Iglesia, protagonistas de la misión salvífica, no colaboradores anexos a los pastores.

En definitiva, esperamos que las reflexiones nacidas de este tema puedan servir para plantear nuevos caminos por abrir. La celebración de Pentecostés puede ser una sacudida ante la forma de ser cristianos y recordarnos que la llamada del Padre sigue vigente. La diversidad de carismas, de vocaciones, es una riqueza que debidamente potenciada ensancha y agranda la Iglesia. Que sepamos detectar la presencia del Espíritu y confiar en él para entrar en acción renovadora.

Materia de reflexión elaborado por la Comisión Episcopal para los Laicos, Familia y Vida (CEE).

Maquetación: Delegación general de Laicado, familia i vida de la diócesis de Terrassa.



MATERIAL PARA LA REFLEXIÓN

Laicos por vocación, llamados a la misión (Pentecostés 2024)

Un Espíritu siempre nuevo

Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues no hablará por cuenta propia, sino que hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir (Juan 16,12-13).

Un año más, la solemnidad de Pentecostés, que es culminación del periodo de pascua, nos vuelve a interpelar a los cristianos. Cada año es la oportunidad de recibir un «Espíritu renovado» y la posibilidad de sentirnos, como seguidores de Jesús, inspirados e insuflados frente a la fatiga, la rutina o la desatención.

En un mundo donde las personas vivimos acuciadas, preocupadas, la invitación a sentirnos ungidos por el Espíritu se vuelve necesaria. O incluso en nuestro ser cristiano, miembro de una comunidad parroquial o participante de un movimiento o asociación, también corremos el riesgo de convertirnos en burócratas, organizadores... Debemos sentirnos interpelados por la propuesta de Jesús resucitado y sentir la obra del Espíritu en nuestro ser cristiano como un «re-cuerdo»: una vuelta al ardor que genera en nuestro corazón el sentirnos queridos por el Padre, y que es motor de nuestra vida.

El Pentecostés de este año, en su constante novedad, también nos trae varias cuestiones a partir de las cuales queremos invitar a la reflexión.

El cuidado de la vocación en nuestra Iglesia

La vocación es el próximo gran tema que va a atravesar nuestra Iglesia. El año 2025 se celebrará el Congreso sobre Vocaciones, en el que varias comisiones de la Conferencia Episcopal Española van a aportar su granito de arena. No es solo una cuestión del clero ni de los seminarios: laicos y vida consagrada también estarán presentes en el proceso de preparación y discernimiento.

La dimensión de la vocación no debería restringirse a un solo proceso, sino que es una parte de la vida del cristiano que debería estar en constante revisión. Uno de los objetivos en la preparación del próximo Congreso es sensibilizar para que se conciba **la vida como vocación**. El papa Francisco ha interpelado a cada bautizado y bautizada que «necesitan concebir la totalidad de tu vida como una misión» (exhortación apostólica Gaudete et exsultate, 23). Algo similar a la potente llamada a recobrar la idea de tomar la vida como un regalo del que dar fruto: «Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo» (exhortación apostólica Evangelii gaudium, 273). La vocación es un camino de gozo y de alegría.

Pero sigue siendo importante hablar de una persona cristiana que crece y vive en constante camino. No restringir las decisiones vocacionales a un momento, una decisión, un «momento de éxtasis». **La vida es toda una oportunidad de escuchar al Espíritu** y de configurar un seguimiento de Jesús a partir de las circunstancias y de los momentos vitales de los cristianos. Un camino con múltiples paradas, curvas, pero con un hilo común, una continuidad, y también una red de comunidades, asociaciones, parroquia, personas... que ayudan a no dejar caer en el olvido la constante llamada que Dios hace a cada persona.

Es interesante traer a esta reflexión la promoción de una **cultura vocacional**. Hacer de los procesos vocacionales no solo tarea de unos pocos, sino responsabilidad del dominio público, del pueblo de Dios. El proceso sinodal llama de forma explícita a una «corresponsabilidad diferenciada», una interpelación a que todos los dones y todas las tareas en la Iglesia son enriquecedoras. La Iglesia está profundizando en el camino de la sinodalidad, no como un tema temporal, sino como una actitud que viene a instalarse. ¿Por qué no hablar de la vocación desde diversos ámbitos y hacia diversas opciones? El próximo Congreso sobre las Vocaciones se convierte en una oportunidad excepcional para ahondar en cómo este excepcional tejido que es la gran familia de la Iglesia puede ser una carpa bajo la que pueden ocurrir encuentros fecundos.

Solo en la relación con todas las demás, cada vocación específica en la Iglesia se muestra plenamente con su propia verdad y riqueza. En este

sentido, la Iglesia es una sinfonía vocacional, con todas las vocaciones unidas y diversas, en armonía y a la vez «en salida» para irradiar en el mundo la vida nueva del reino de Dios (Mensaje del papa Francisco para la 60.ª Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones).

No somos pequeños islotes preocupados únicamente de la pervivencia de nuestro movimiento, nuestro seminario, o nuestra parroquia... sino que somos agentes al servicio de Dios, que ayudan a sintonizar el corazón de las personas con aquella llamada que quizás no están escuchando.

Por otro lado, el papa Francisco habla claramente de la dimensión de la «**con-vocatoria**». Y es que esta llamada del Padre llega con un sentido comunitario, se hace vocación al hacerse con otros y otras:

Por tanto, cuando hablamos de «vocación» no se trata solo de elegir una u otra forma de vida, de dedicar la propia existencia a un ministerio determinado o de sentirnos atraídos por el carisma de una familia religiosa, de un movimiento o de una comunidad eclesial; se trata de realizar el sueño de Dios, el gran proyecto de la fraternidad que Jesús tenía en el corazón cuando suplicó al Padre: «Que todos sean uno» (Jn 17,21).

La vocación no debería ser un dominio personal, un mérito individual. La vocación implica comunión, que se ejerce dentro de las comunidades cristianas. Pero también, y dando sentido a la misión última de la Iglesia, la vocación implica misión. En el horizonte para los cristianos se encuentra la fraternidad universal:

Miremos el modelo del buen samaritano. Es un texto que nos invita a que resurja nuestra vocación de ciudadanos del propio país y del mundo entero, constructores de un nuevo vínculo social. Es un llamado siempre nuevo, aunque está escrito como ley fundamental de nuestro ser: que la sociedad se encamine a la prosecución del bien común y, a partir de esta finalidad, reconstruya una y otra vez su orden político y social, su tejido de relaciones, su proyecto humano. Con sus gestos, el buen samaritano reflejó que «la existencia de cada uno de nosotros está ligada a la de los demás: la vida no es tiempo que pasa, sino tiempo de encuentro» (FT 66).

La vocación de los laicos

Finalmente, siendo esta solemnidad de Pentecostés el día elegido para celebrar el Apostolado Seglar, la Acción Católica, y en definitiva el